

Día 30. Cauces para enamorar al mundo

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre misericordioso, envíanos tu Santo Espíritu, agua viva que brota de la herida abierta en el costado de tu Hijo amado, Jesucristo, para que nuestro corazón se encienda en las llamas de su amor.

MEDITACIÓN:

El Señor nos invita a ser cauces del amor de su corazón, para extender su reinado en todos los corazones:

El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí»; como dice la Escritura: «de sus entrañas manarán ríos de agua viva». (Jn 7, 37-38)

«Todos deseamos acercarnos a esta fuente de agua viva. Todos deseamos beber del corazón divino, que es fuente de vida y de santidad. Acercarse a la fuente quiere decir alcanzar el principio. No hay en el mundo creado otro lugar del cual pueda brotar la santidad para la vida humana, fuera de este corazón, que ha amado tanto. “Ríos de agua viva” han manado de tantos corazones... y ¡manan todavía! De ello dan testimonio los santos de todos los tiempos».¹

El gran acierto de nuestra vida es entender que la santidad que anhelamos no es una «creación» nuestra, algo que pueda brotar como por generación espontánea. La clave de esos corazones que vemos «manar» es haber entendido que son simplemente cauces que han sabido reconocer su sed, la sed profunda que todos llevamos dentro, y se han decidido a escuchar la invitación del Maestro y se han acercado a la fuente de la que pueden nutrirse para hacer llegar esa agua viva a los demás.

Como dice san Agustín: «Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, mi vida será realmente viva, llena toda de ti. Tú, al que llenas de ti, lo elevas», prestándole las alas de la fe y del amor.

La consagración al corazón de Cristo hace precisamente esto: unir nuestro cauce al verdadero manantial.

Según la promesa de Jesús, se realizará una alianza de corazones y las riquezas de su Divino Corazón suplirán nuestras impotencias, pobrezas y debilidades; incluso se servirá de ellas.

Dice san Juan de la Cruz: «Si el alma busca a Dios, mucho más le busca su amado a ella». Es el Señor quien lo hará todo, pero a la vez, nos pide el esfuerzo diario de mantener libre nuestro cauce, hacer espacio a su amor, no permitir que nada lo obstruya, cuidándolo con actos de fe, fortaleciendo nuestra amistad en la oración, en los sacramentos, aprendiendo de su Palabra.

Nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilxit nos*:

¹ SAN JUAN PABLO II, *Ángelus*, 10-08-1986

Un corazón humano que hace espacio al amor de Cristo a través de la confianza total y le permite expandirse en la propia vida con su fuego, se vuelve capaz de amar a los demás como Cristo, haciéndose pequeño y cercano a todos. Así Cristo sacia su sed y difunde gloriosamente en nosotros y a través de nosotros las llamas de su ardiente ternura.²

¿Por qué sufre sed el Corazón de Jesús? Porque está a la puerta de muchos corazones llamando, para que conozcan la verdadera felicidad que solo su amor puede darles... Busca más corazones con los que poder establecer una verdadera alianza de amor.

Él nos pide permiso para expandirse en nuestra vida y quiere servirse de nosotros para hacer llegar al mundo su ardiente ternura.

Para ser cauce de su amor misericordioso, hemos de contemplarle volcado en los que más sufren y ser fuente de consuelo, levantando la mirada más allá de nosotros mismos; hemos de ver cómo sus manos, reparten el pan, sirven, lavan los pies de sus discípulos, tocan las heridas...e imitarle, no reservándonos intentando alejarnos de la lepra de nuestro prójimo; hemos de escuchar como Él, estando atentos al grito del que pide socorro, librándonos para ello de tanto ruido y activismo; hemos de unirnos a su oración compartiendo su dolor con el Padre por el vivo deseo de que no se pierda ni una de las ovejas que se le han confiado. Para ello, nuestro tiempo ha de dejar de ser «nuestro» y hemos de entregárselo, intercediendo por tantos hombres y mujeres que tienen sed de Dios, comprendiendo que *cuando se ama al prójimo, el primer fruto de este amor es empobrecerse para llevarle alivio*. Entonces nos convertimos en cauce fecundo para el mundo.

Ojalá el camino de preparación para nuestra consagración al Corazón de Jesús, que hoy culminamos, nos haya servido de escuela para aprender de Él a amar, teniendo en nosotros sus mismos sentimientos³ para poder *percibir los desafíos del mundo con los ojos de Jesucristo, para movilizarnos en docilidad al Espíritu Santo, a través de la oración y el servicio, convirtiéndonos en apóstoles, al escapar de la globalización de la indiferencia, y ampliar nuestro corazón hacia una misión de compasión por el mundo*⁴.

PROPÓSITO:

Jesús, ayúdame a pensar cómo actuarías en cada instante de hoy para ser tus manos, tus ojos, tu oído y, sobre todo, tu corazón para las personas que se crucen conmigo.

JACULATORIA:

Jesús, fuente de salvación para todos, haz mi corazón cauce de tu amor.

² Carta enc. *Dilexit nos*, n. 203

³ Cf. Flp 2,5

⁴ Cf. FRÉDÉRIC FORNOS S.I. *El camino del Corazón*, L'Osservatore Romano, 10 de enero de 2025